
**Cambio climático y alternativa ecosocialista.
Un análisis marxista de la crisis ecológica global,**
Daniel Tanuro 189
Ayelén Branca, Helena Bustos y Antonio Navarro

**Educación y cambio ecosocial. Del yo interior
al activismo ciudadano,**
Rafael Díaz Salazar 191
Santiago Álvarez Cantalapiedra

**Climate change and the course of global history.
A rough journey,**
John L. Brooke 193
Luis González Reyes

Peces fuera del agua
Jorge Riechmann 195
Salvador López Arnal

CAMBIO CLIMÁTICO Y ALTERNATIVA
ECOSOCIALISTA. UN ANÁLISIS
MARXISTA DE LA CRISIS
ECOLÓGICA GLOBAL

Daniel Tanuro

Colección Crítica&Alternativa, Editorial
Sylone, Barcelona, 2015

116 págs.

«El calentamiento climático traduce en términos físicos la tesis formulada en términos políticos por los marxistas revolucionarios hace más de sesenta años: las condiciones objetivas para una sociedad no capitalista no solamente están maduras, sino que empiezan a pudrirse», leemos en la página 85 de este breve y didáctico libro, estructurado en forma de cuarenta tesis complementadas con algún anexo. Negar que la problemática del cambio climático (CC) esté en la agenda del día sería algo desconsiderado; sin embargo, las perspectivas hegemónicas se hallan lejos de poder dar cuenta de la dimensión del problema al no declarar explícitamente su vinculación al modo de producción capitalista. Asumir una perspectiva económico-ecológica materialista, que analice el funcionamiento del modo de producción que estructura tanto nuestras relaciones sociales como las relaciones con la naturaleza, permite comprender la problemática desde sus raíces: tal es el punto de partida metodológico de Daniel Tanuro. En el marco del capitalismo, que parece operar ignorando los límites biofísicos, no es posible encontrar una verdadera solución ecológica a la dramática crisis actual, una de cuyas dimensiones principales es el CC.

Daniel Tanuro es un ingeniero agrónomo y periodista belga, que conjuga una importante carrera intelectual con un intenso activismo político. Colaborador del Instituto Internacional de

Investigación y Formación de Ámsterdam, así como de diferentes revistas políticas (*Le Monde Diplomatique*, *Viento Sur*, *Oveja negra*, etc.), es también militante de la Liga Comunista Revolucionaria belga (LCR) y miembro de la Comisión de Trabajo sobre Cambio Climático del sindicato belga FGTB. Están al alcance de las y los lectores de lengua española algunas de sus contribuciones sustantivas al pensamiento ecosocialista, especialmente su libro *El imposible capitalismo verde: del vuelco climático capitalista a la alternativa ecosocialista* (La Oveja Roja, Madrid, 2011).

Su objetivo en *Cambio climático y alternativa ecosocialista*, perseverando en el espíritu de decenas de sus artículos precedentes, consiste en una crítica radical a las políticas climáticas del capitalismo y una contundente defensa de la alternativa ecosocialista. Para ello parte de un exhaustivo análisis de la coyuntura mundial focalizado en la crisis ecológica global donde convergen saberes científicos multidisciplinarios (químicos, físicos, biológicos, agroecológicos, estadísticos, geológicos, geográficos, geopolíticos, etc.) con una rigurosa lectura marxista. La principal fuente científica del autor son los informes publicados por el Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático (IPCC por sus siglas en inglés),¹ organización mundialmente reconocida en virtud de su profusa labor de síntesis de los datos e investigaciones acumuladas sobre las dinámicas climáticas y eco-sociales. Si bien estos informes científicos permiten mostrar la gravedad del CC, de alguna forma se quedan cortos: Tanuro critica algunas de sus conclusiones por basarse en hipótesis conservadoras. Según el autor los datos aportados por el IPCC consideran solamente fenómenos ambientales continuos y linealmente progresivos, sin tener en cuenta la complejidad de los llamados *fenómenos no-lineales*; además, el IPCC sobreestima la posibilidad de que la canti-

¹ Organización internacional establecida en 1988 por dos organizaciones de Naciones Unidas (Organización Meteorológica Mundial y Programa de la Naciones Unidas para el Medio Ambiente), a fin de difundir información científica, técnica y socioeconómica sobre el riesgo de cambio climático.

dad de energía fósil (y, por consiguiente, el volumen de emisiones de dióxido de carbono) destinada a la producción económica se reduzca espontáneamente. Pero incluso con estas hipótesis conservadoras es posible estimar que, si mantenemos la inercia del sistema productivo actual basado principalmente en la combustión de energía fósil, antes de la brecha del 2100 la temperatura ascenderá hasta 4,5°C: «Esta variación representaría un cambio en las condiciones de existencia al menos igual del que separa la época actual del último periodo de glaciación hace 20.000 años» (p. 24). ¿Qué posibilidades tenemos entonces de frenar esta inercia productivista? El análisis de Tanuro expresa la importancia de reconocer la matriz misma del problema.

El núcleo del modo de producción capitalista es *la dinámica de acumulación de capital*. Si el capital se define por un movimiento constante de valorización del valor, el modo de producción capitalista precisa tanto de una fuente de creación de ese valor, como de posibilidades de crecimiento ilimitado. Mientras la fuente de valor se encuentra en el uso del trabajo asalariado y la explotación de los trabajadores, la producción ilimitada se apoya en la sobreexplotación constante de los recursos naturales. La desigualdad social y el choque con los límites biofísicos de la Tierra, así como con sus ritmos ecológicos, son contradicciones propias de nuestra actualidad globalizada que se desprenden directamente de la estructura productiva del capitalismo: «El trastorno climático no es debido a *la actividad humana* en general, sino a las modalidades de actividad desde la Revolución industrial capitalista» (p. 14).

El análisis histórico que presenta el autor revela que el proceso de acumulación capitalista se centra desde sus inicios en la quema de combustibles fósiles. Si bien contamos con la posibilidad de generar energías renovables desde hace muchos años, el modo de producción no dejó de centrarse una y otra vez en aquella modalidad, que no es sino el núcleo de la gran catástrofe climática que se despliega

intensamente en la actualidad. Además, el proceso se retroalimenta en la medida en que se generan grandes empresas monopólicas con un gran poder económico que les permite ejercer presión en función de sus intereses. Por último, es necesario reconocer que el centro de gravedad de esta modalidad productiva son las grandes metrópolis imperialistas, dando lugar a una importante dimensión geopolítica del problema.

En la medida en que la quema de combustibles fósiles es la causa principal del calentamiento global, la reducción (si no supresión) de sus emisiones de dióxido de carbono debe ser la estrategia fundamental para enfrentar este problema. Sin embargo, es imposible llevar a cabo esta estrategia sin un cambio estructural del modo de producción capitalista que se basa en esa modalidad. En este sentido, Tanuro dedica una extensa crítica en su tercer capítulo a la pretendida respuesta capitalista que nos ha «hecho perder treinta años en la lucha por salvar el clima» (p. 41). Los tratados internacionales que regulan este problema no dejan de buscar “soluciones” mercantilistas y liberales, que no solo son insuficientes, sino que, además, aumentan la injusticia social y climática (políticas de austeridad, guerras por los recursos, profundas desigualdades en las realidades sociales frente a los desastres ambientales entre los países del Norte y del sur). Tanuro presenta, frente a esta realidad, la exigencia de una responsabilidad diferenciada en las medidas a tomar para combatir el CC. Mientras los países del Norte deben asumir su responsabilidad histórica y disminuir drásticamente su consumo de energía, los países del Sur deben desarrollarse mediante tecnologías limpias.

Es la dialéctica materialista que guía todo el análisis de Tanuro lo que revela el origen del problema, al tiempo que señala el camino hacia su solución: si el ecologismo no es anticapitalista y si el socialismo no incluye una firme responsabilidad ecológica, el futuro de sus propuestas independientes será insuficiente para evitar que las contradicciones de este sistema conduzcan hacia el colapso global: «La lucha contra el CC

abre de este modo la posibilidad de revitalizar el enfoque del programa de transición: por un lado, refundando la necesidad para la humanidad de una salida no capitalista y, por otro, aportando una justificación objetiva sólida a un conjunto coherente de reivindicaciones concretas que, tomadas globalmente, son incompatibles con el funcionamiento normal del sistema capitalista» (pp. 89-90).

El autor logra aplicar con gran lucidez la dialéctica propia del Programa de Transición de León Trotsky a la coyuntura actual, planteando como programa una lucha prioritaria por la disminución del consumo de energía y la reconversión de los trabajadores y trabajadoras empleados en esos sectores. Y entiende que superar los obstáculos implica necesariamente poner en cuestión la propiedad capitalista.

Tanuro es claro: es imperioso construir un movimiento de lucha contra el CC. Este movimiento debe constituirse como una corriente de izquierdas que emprenda una lucha combinada a favor del clima y la justicia social, que reagrupe elementos del sindicalismo, ecologismo, feminismos, altermundismo, tercermundismo y la articulación con intelectuales y científicos críticos: «La lucha contra el cambio climático no será ganada por una combinación de trabajo de lobby, acciones mediáticas espectaculares y campañas a favor de cambios individuales de comportamiento de los consumidores, sino mediante la movilización de masas» (p. 65).

Ayelén Branca

Profesora de filosofía de la Universidad Nacional de Córdoba (Argentina)

Helena Bustos y Antonio Navarro
Estudiantes de filosofía

EDUCACIÓN Y CAMBIO ECOSOCIAL. DEL YO INTERIOR AL ACTIVISMO CIUDADANO

Rafael Díaz-Salazar

PPC, Madrid, 2016

277 págs.

Martin Luther King señaló lo siguiente: «Debemos aprender a vivir juntos como hermanos o morir juntos como tontos». Esta frase expresa de un modo acertado algunos aspectos relevantes de nuestro tiempo. Primero, que el carácter global de los riesgos actuales hace que los seres humanos compartamos un destino común. Segundo, que para que ese destino común no sea fatal, debemos aprender a convivir. En otras palabras: debemos aprender a vivir juntos si queremos perdurar como especie en un planeta habitable, y ese vivir juntos no puede consistir simplemente en sobrellevarnos, sino en reconocernos fraternalmente en la responsabilidad de cuidar la casa común que compartimos. Aunque esta cita no aparezca en la obra aquí reseñada, creo que conecta plenamente con el sentido que el autor ha querido dar a su libro *Educación y cambio ecosocial. Del yo interior al activismo ciudadano*.

En el marco de un proyecto de investigación más amplio titulado *Educación, democracia y ciudadanía activa*, Díaz-Salazar acaba de publicar este libro con el propósito de contribuir a deliberar en el proceso de construcción comunitaria de un proyecto educativo cuya relevancia no se puede medir por posiciones en rankings tipo PISA sino por su capacidad para «abrir los ojos de los ciegos ante el sufrimiento humano causado por la exclusión social, la explotación y la destrucción del medio ambiente» (p. 227). Así pues, debería quedar claro que el objeto de este libro es la educación reveladora en el contexto de un mundo ciego.

Una ceguera que –como en la célebre novela de Saramago– no se produce por falta de luz, sino más bien por todo lo contrario. Vivimos en

un mundo “inforicado”, con una sobresaturación de datos e informaciones que impide conocer lo que está ocurriendo. Se olvida con demasiada frecuencia que los datos no son información hasta que no se articulan y que la información no llega a convertirse en conocimiento hasta que no somos capaces de organizar nuestras ideas en un argumento coherente. Y aún así, el conocimiento puede no ser la respuesta a nuestras preguntas si no va alimentado de sabiduría. Me atrevería a señalar que este es el eje a partir del que articula el autor su reflexión sobre la educación en nuestros días.

Una educación que no es contemplada como sinónimo de enseñanza, o mera instrucción sobre determinados contenidos distribuidos en diferentes asignaturas, sino que requiere cultivar todas las dimensiones de la personalidad (la razón, los deseos, las motivaciones, los sentimientos y los comportamientos) y que, por consiguiente, sea capaz de vincular las dimensiones internas y sociopolíticas de la persona. Una educación cuya tarea trasciende el quehacer de los centros escolares y que requiere la implicación coordinada de múltiples agentes educativos (familias, docentes y movimientos socioeducativos infantiles y juveniles). Solo así, alejados de cualquier reduccionismo, la educación puede contribuir a combatir la ceguera del mundo en que vivimos y lograr los objetivos que le dan sentido (no solo la cualificación para un futuro profesional, sino también, y principalmente, la autoconstrucción de la persona y la formación de una ciudadanía activa).

De ahí que el libro aborde, en una primera parte, las finalidades y los objetivos de la educación. Es importante preguntarse el qué y el para qué, y no solo el cómo. En la actualidad todos los debates educativos están centrados en esta última cuestión dando por sentadas las respuestas a los dos primeros interrogantes. Pero no basta con innovar en la didáctica. Siendo una cuestión inaplazable, urge aún más plantearnos: educar ¿para qué? Es una pregunta omitida deliberadamente en los debates sobre la educación como consecuencia de la hegemonía cultu-

ral que ejerce el pensamiento neoliberal. Hegemonía que logra ocultar un hecho fundamental, a saber: «que el capitalismo también es un modo de producción cultural que posee un modelo antropológico y necesita que este se expanda para reproducirse como modo de producción económica y de dominación de clase» (p. 191).

Si el capitalismo nos está conduciendo a un atolladero civilizatorio, habrá que colegir que una educación que aliente comportamientos individualistas y competitivos, entronizando el consumismo y los ritmos rápidos que exige el productivismo, no sólo es una educación inadecuada sino también peligrosa. Una educación de este cariz es una mala educación. Una buena educación, por el contrario, tendría que estar orientada a formar personas capaces de afrontar este desafío y debería proporcionar cortafuegos y barreras contraculturales para poder encarar los daños sociales y ecológicos que amenazan la convivencia y la salud del planeta.

La segunda parte del libro aborda la clave del problema. Necesitamos generar nuevas subjetividades para este desafío civilizatorio, cultivar las condiciones subjetivas que propicien un cambio ecosocial. Este segundo bloque está compuesto, a su vez, de dos capítulos: uno de ellos se ocupa de la educación de la vida interior de la persona, mientras que el otro trata la dimensión social y política de la vida humana. Aquí se encuentra la gran virtud del libro: saber presentar ambas cosas como parte de un mismo proceso educativo, como dos facetas vinculadas de una misma realidad. ¿Qué vínculo es el que permite ligar la educación en la interioridad con el activismo ciudadano? «El vínculo antropológico que une el yo interior y el yo político (entendido como compromiso de la persona con los problemas sociales de la *polis* nacional e internacional) es ‘tener entrañas de misericordia’ y ‘hambre y sed de justicia’» (pp. 173-174).

La misericordia, la compasión hacia las criaturas vivientes, no es un tema de moda en los debates educativos aunque se muestre necesario en medio de la «cultura de la indiferencia» en

la que estamos instalados. Esta vez sí recurre el autor a una cita de Martin Luther King: «lo preocupante no es la perversidad de los malvados, sino la indiferencia de los buenos [...] Nuestra generación no se habrá lamentado tanto de los crímenes de los perversos como del estremece-dor silencio de los bondadosos» (p. 176). Díaz-Salazar, como buen conocedor del pensamiento de Gramsci, remacha la idea con una larga cita del pensador sardo en la misma línea: «La indiferencia es el peso muerto de la historia [...] La indiferencia opera con fuerza en la historia. Opera pasivamente, pero opera [...] La fatalidad que parece dominar la historia no es otra cosa que la apariencia ilusoria de esa indiferencia, de ese absentismo» (p. 177).

¿Cómo educar en la misericordia promoviendo el cuidado y la lucha por la justicia sin caer en actitudes meramente asistencialistas? No parece un reto fácil, desde luego, pero tampoco imposible si se atiende a las prácticas y enseñanzas sapienciales contenidas en múltiples tradiciones socioculturales y religiosas. Con demasiada frecuencia se tiende a desechar estas aportaciones como impropias de una escuela laica y de una enseñanza que acota su territorio exclusivamente al de la racionalidad instrumental en que ha desembocado la razón ilustrada. Mantenerse en esas posiciones supone hoy un grave error. Por dos razones. La primera porque representa una distorsión de la propia idea de laicidad, pues si hay un rasgo que la caracteriza sería el de la tolerancia y, por eso mismo, la noción de laicidad está más estrechamente relacionada con el diálogo intercultural e interreligioso que con la negación de las creencias religiosas o el rechazo a otras culturas. Pero hay una segunda razón tan importante como esta primera que nos proporciona Boaventura de Sousa Santos a partir de su *Crítica a la razón indolente*: si estamos en tiempos de una transición paradigmática, no podemos permitirnos el lujo de desperdiciar experiencias y saberes.

Porque de eso se trata en el fondo, de construir y difundir un nuevo paradigma acerca del

ser humano, la sociedad y la relación con la naturaleza. Y desde esta conciencia de que estamos necesitados de un nuevo paradigma se puede empezar a responder a la seria objeción de que promover una visión positiva de lo que representa la vida buena puede conducir a visiones antiliberales, y quizá incluso totalitarias. La educación liberal –que supuestamente no encarna visión positiva alguna sino únicamente principios para que las personas con diferentes preferencias e ideales puedan vivir juntas– no resulta ya suficiente ante una crisis civilizatoria. Ahora, en las actuales circunstancias, toca ser – como diría Paco Fernández Buey– algo más que liberales.

La tercera, y última parte del libro, aborda las transformaciones que una educación ecosocial plantea a los centros escolares, al profesorado y a la implicación de las familias. La obra se complementa con un documento de recopilación de referencias, materiales y recursos educativos que se puede descargar en la página web de la editorial encargada de la edición del libro.

Educación y cambio ecosocial es un libro audaz que no deja indiferente. Si en su voluntad está ser una persona desprejuiciada, atrévase a leerlo, le dará que pensar.

Santiago Álvarez Cantalapiedra

Director de FUHEM Ecosocial y de esta revista

CLIMATE CHANGE AND THE COURSE OF GLOBAL HISTORY. A ROUGH JOURNEY

John L. Brooke

Cambridge University Press, Nueva York, 2014

654 págs.

Este libro no es un libro más. Es una aportación novedosa y muy relevante a la historia de la humanidad llamada a convertirse en un texto de

referencia internacional. Además, a pesar de su longitud, de que está en inglés y de que no escamotea tecnicismos y rigor, es de fácil e incluso amena lectura. Lo único que, tal vez, sea más complejo de interpretar son los abundantes gráficos.

Los dos puntos de partida del autor lo sitúan en un escenario privilegiado para el análisis. El primero es mirar la historia en gran perspectiva, en ciclos largos, lo que le permite tener una vista general para interpretar lo que pudo haber sucedido. Brooke recoge en ese sentido la mejor tradición de la Gran Historia (aunque se circunscribe “únicamente” a la de los homínidos). El segundo punto de partida es su inclusión del entorno en el devenir humano. El plantear que no se pueden entender los cambios sociales sin atender a las mutaciones en la biosfera.

A partir de estos dos ejes, el libro entrelaza los cambios sociales con los climáticos, energéticos y de patógenos para aportar explicaciones sólidas y complejas de las grandes (y a veces más pequeñas y localizadas) transformaciones humanas.

El texto va realizando un recorrido en el que muestra que durante el grueso de la historia humana (hasta poco antes de la revolución industrial), el clima y, en menor medida las enfermedades, fueron elementos absolutamente centrales del proceso social. Desde ahí, Brooke explica la aparición del *homo sapiens*, su extensión por el planeta, la aparición del metabolismo agrícola, o el auge y decadencia de Estados e imperios en todo el mundo. Durante la gran mayoría de la historia de nuestra especie, el motivo inicial de los grandes cambios no fueron decisiones humanas, sino fundamentalmente cambios ambientales.

Algunos ejemplos son cómo los cambios dinásticos en la China imperial estuvieron siempre asociados a modificaciones en los monzones. Cómo las decadencias de los Estados americanos precolombinos se produjeron con los cambios en los patrones del fenómeno *niño-niña*. Cómo la Edad de Bronce terminó en un momento de enfriamiento climático. O incluso

cómo el auge del esclavismo con la población de la costa occidental africana estuvo favorecido por perturbaciones climáticas.

Una parte de especial relevancia, y que ha sido poco trabajada en los análisis históricos, es cómo los cambios climáticos fueron un factor determinante en la aparición de los primeros Estados en los distintos sitios del planeta donde esto se produjo de forma independiente. Esta evolución tuvo acoplado un cambio energético de primer orden: la revolución de los productos secundarios. Además, el libro aborda, pero con menor profundidad, cómo la evolución de sociedades igualitarias a otras basadas en la dominación (pero sin Estados todavía) también se produjo en contextos de estrés climático.

Cuando Brooke analiza los cambios demográficos durante todos estos milenios (la cantidad y la salud de las personas) argumenta que los descensos no fueron debidos a un exceso de población respecto a los recursos disponibles (por razones malthusianas), sino más bien por cambios climáticos y aumento de pandemias. Tal vez este sea un tema que podría haber abordado con algo más de complejidad, interrelacionando más los órdenes sociales con la demografía, pues no era irrelevante el nivel de desigualdad para la extensión de las pandemias, por ejemplo. En cualquier caso, su refutación del malthusianismo durante toda esta larga fase histórica es sólida.

Pero la influencia climática no ha sido igual en toda la historia de la humanidad. Conforme las sociedades han ido teniendo acceso a cantidades crecientes de energía (aunque Brooke no lo llega a explicitar así) han podido tener grados mayores de resistencia frente a cambios en su entorno. Esta es la conclusión a la que llega el autor cuando explica que la “pequeña edad del hielo” de los siglos XVI y XVIII implicó cambios sociales mucho menores que los que sucedieron durante la aparición de los Estados o la quiebra del orden de la Edad de Bronce. Este proceso de “independencia climática” se haría mucho más acusado en la etapa de los combustibles fósiles. Contra lo argumentado de forma

mayoritaria, el autor sostiene que es en los momentos recientes en los que sí se han podido vivir descensos poblacionales malthusianos.

Como no podía ser de otro modo, el libro concluye mostrando el cambio climático que ya estamos viviendo. Un cambio que no podremos afrontar con altas cantidades de energía, pues coincide con una creciente dificultad para extraer combustibles fósiles de altas prestaciones, aunque en este último aspecto no entra el texto.

Como única y tímida crítica a este libro fundamental se podría decir que, en ocasiones, tal vez fuerce un poco de más el argumento climático para explicar cambios sociales. Algo que no sería necesario con la solidez y la solvencia con la que defiende sus principales conclusiones.

Luis González Reyes,
Miembro del equipo de FUHEM

PECES FUERA DEL AGUA

Jorge Riechmann

Baile del Sol, Santa Cruz de Tenerife, 2016

346 págs.

Consistencia

Un libro de reflexiones político-filosóficas, aforismos, máximas y notas –no es la primera incursión del autor en este género– merece, casi por consistencia lógica y filosófica, una reseña afín. Un intento, imperfecto por supuesto. También hay consistencia en este nudo: una ética de la imperfección ha sido defendida por el autor en diversas ocasiones.

Incompletud

Desde Gödel sabemos que todos los sistemas formales que tengan ciertas características son incompletos. No podemos apresar todas las ver-

dades que pueden generar. Ocurre algo similar cuando reseñamos libros sólidos y penetrantes: no es posible dar cuenta de todo, no es posible hacer justicia. Intentémoslo. Como si se tratara de ideas regulativas kantianas.

Leer para releer

Hay libros que al leerlos, casi desde las primeras páginas, nos hacen saber, nos lo dicen bajito pero claro al oído, que conviene releerlos. *Peces fuera del agua* es uno de ellos.

¿Batallas perdidas?

El autor –poeta, matemático, filósofo, traductor, ecologista, profesor, buen hombre machadiano,... – hace referencia en varias ocasiones a una reflexión de uno de sus maestros, la de Manuel Sacristán en sus notas sobre Gerónimo. Es esta: «Por último, los indios por los que aquí más nos interesamos son los que mejor conservan en los Estados Unidos sus lenguas, sus culturas, sus religiones incluso, bajo nombres cristianos que apenas disfrazan los viejos ritos. Y su ejemplo indica que tal vez no sea siempre verdad eso que, de viejo, afirmaba el mismo Gerónimo, a saber, que no hay que dar batallas que se sabe perdidas. Es dudoso que hoy hubiera una consciencia apache si las bandas de Victorio y de Gerónimo no hubieran arrojado el calvario de diez años de derrotas admirables, ahora va a hacer un siglo» (S. M. Barrett ed., *Gerónimo. Historia de su vida*, Crítica, Barcelona, 2013, p. 196).

Hay que dar, pues, en ocasiones, batallas que sabemos o creemos saber perdidas. De hecho, ¿cómo podemos estar seguros de que están perdidas? Primo Levi lo expresó también en estos términos: «Nadie ha dicho que cada cosa sea consecuencia de un solo porqué: las simplificaciones sólo son buenas para los libros de texto, y los motivos pueden ser muchos, contradictorios entre sí, o incognoscibles, si no realmente inexistentes. Ningún historiador o epistemólogo ha demostrado todavía que la historia humana sea un proceso predeterminado» (P.

Levi, *Trilogía de Auschwitz*, Península, Barcelona, 2015, p. 123).

Libros bidimensionales

El gran lógico y filósofo usamericano, W. O. Quine, solía quejarse de los libros bidimensionales. Un libro es bidimensional si nos obliga a leer en notas tanto o más texto que el mostrado en el cuerpo principal. Pero hubiera cambiado de opinión si hubiera podido leer el libro que comentamos. Las notas a pie de páginas, extensas en algunas ocasiones, valen su peso en información, argumentación, belleza y perspectiva crítica. Como el texto principal.

Cabe añadir un tópico: en ocasiones, dos mejor que una.

Anderson, los hechos y la fortaleza del espíritu

El autor de *Poemas lisiados* abre este libro con una cita de Perry Anderson, el autor de *Las antinomias de Gramsci*. Es esta: «Cuando te encuentras objetivamente en una posición débil, especialmente después de una derrota, hay una tentación intuitiva de buscar rayos de esperanza o el lado bueno de las cosas para así animar el espíritu de la gente. Si eres un líder, o un activista involucrado en un movimiento político, creo que es comprensible e inevitable (y perdonable) que esto ocurra. Pero si eres un intelectual, creo que tienes el deber de resistir a esos impulsos e intentar mantenerte en los hechos tal y como tú los ves» (Entrevista a P. Anderson, «Le estamos dando medicinas al sistema, pero no remedios», Parte III, *Topo Express*, 21 de marzo de 2016). Como intelectual sólido que es, Jorge Riechmann, se mantiene en los hechos tal y como los ve, sin encubridores trajes falsarios. Como activista político busca rayas de esperanza, señala el lado bueno-esperanzador de los humanos y de las cosas.

No hay aquí contradicción ni inconsistencia alguna. Hay amplitud de miras, densidad de perspectiva. Dos miradas que abonan una

general enriquecida. En el mejor legado y lectura de la undécima tesis de Marx.

Principio de contradicción

En árabe, dicen quienes saben árabe, comenta Jorge Riechmann, el equivalente del “érase una vez...” con que comienzan nuestros cuentos es *kan ma kan*, que se traduce: “era así y no era así...”. Qué fórmula tan hermosa... y tan extraordinariamente precisa.

¿Precisa? Sí. Es la única vindicación del “principio de contradicción” consistente con el principio de no contradicción, la única vindicación de la perspectiva y mirada dialéctica que resulta razonable, precisa y fructífera.

Una filosofía benjaminiana de la historia

Ni construir la sociedad perfecta, ni realizar cabalmente la justicia social, ni hacer encarnar la Razón en el estado, ni lograr un democracia feminista, ni organizar un sistema productivo del que manen generosamente la leche y la miel, ni siquiera deconstruir el heteropatriarcado. Solo evitar el desastre. Desde que el *homo sapiens* inició su carrera hace 200 mil años, ese debería haber sido el objetivo. La duda del poeta: ¿está el corredor aún a tiempo de rectificar el rumbo?

Una duda sobre la duda del autor: ¿es “sólo” palabra ajustada cuando escribimos “sólo evitar el desastre”? Sea como fuere, el corredor debe estar preparado, debemos prepararlo entre todos. Y aunque parezca una tarea sobrehumana. No queda otra, no nos queda otra.

Una tarea urgente: contar cuentos

Tendríamos que comenzar nuestras clases de Teoría o Filosofía Política, comenta nuestro profesor de Filosofía moral y Política, diciendo: “hoy vamos a contar el cuento de la soberanía. Hoy el de los derechos humanos. Hoy, el de la democracia representativa...”. Algún día habría que añadir: hoy no contamos cuentos. Explicamos que un antiguo cuento se ha hecho realidad. Aunque sea parcialmente.

El ámbito de la revolución

Jorge Riechmann recuerda unas palabras de Teresa Forcades en sus mítines de 2012 y 2013 en diversas localidades de Cataluña: «Haremos la revolución y luego tendremos que volver a hacerla» (p. 284 del libro reseñado). De acuerdo: permanente, ininterrumpidamente, como el pan nuestro de cada día que la Tierra da, loriqúanamente, para todos. Pero, ¿qué tipo de revolución?, ¿con qué finalidades?, ¿dónde?, ¿para quiénes? ¿Uniéndonos o separándonos? ¿Una revolución de ricos y de clases medias?

Lo esencial

Si tuviera dos vidas, señala nuestro autor, volvería a leer a Heidegger y si tuviera tres, incluso a sus intérpretes posmodernos. Pero solo tenemos una y los años van pasando: «Hay que ir a lo esencial: en este verano de 2013 me puse a leer los *Grundrisse* de Marx» (pp. 273-274 del libro reseñado). Yo, en este verano de 2016, leí –releí– la *Trilogía de Auschwitz*, de Primo Levi; *Amor y Capital*, de Mary Gabriel y, por supuesto, *Peces fuera del agua*.

Sobre nuestras posibilidades

«¿Qué podemos?» nos pregunta Jorge Riechmann. Podemos, responde, «echar al PPSOE de las instituciones; no podemos evitar el colapso civilizatorio» (p. 265 del libro reseñado). Tal vez sí, tal vez no... Pero, en todo caso, hay que dar batallas perdidas, o que parecen perdidas. ¿Y si se nos demostrara la total imposibilidad de evitar lo que ya es crónica de una hecatombe anunciada de dimensiones apocalípticas? Luchar, amar, combatir, como solía decir Francisco Fernández Buey, es nuestra forma de estar en el mundo. Nuestro ser *ahí*.

Ser de izquierdas

Jorge Riechmann nos habla de la admiración de Peter Singer por Henry Spira y nos recuerda un paso de un libro del filósofo australiano *La izquierda darwiniana*: «Cuando le pregunté por

qué se había pasado más de medio siglo trabajando por esas causas, respondió sencillamente que estaba de parte del débil, no del poderoso; del oprimido, no del opresor; de la montura, no del jinete. Y me habló de la inmensa cantidad de dolor y sufrimiento que hay en nuestro universo, y de su deseo de hacer algo por reducirla. En eso, creo yo, consiste la izquierda» (p. 230 del libro reseñado).

De acuerdo, de acuerdo. Pero, ¿no es esta una de las enseñanzas que también Jorge Riechmann nos imparte desde hace décadas, incansablemente, con sus ensayos, sus poemas, sus artículos, sus reflexiones, sus conferencias, sus seminarios,... y su mismo Ser?

Maestros

El autor nos habla con la devoción y delicadeza a ellos debida de dos de sus grandes maestros: Manuel Sacristán y Paco Fernández Buey. Algunos tenemos más suerte, tenemos tres: los dos citados y el propio autor.

Definición de ateísmo

Ser ateo hoy, señala el autor, es descreer de las promesas de salvación de la tecnociencia contemporánea, cada vez más fuertemente vinculada al capitalismo, que nos asegura falsamente desde cada pantalla retroiluminada que debemos confiar en ella, que logrará evitar por sus propias fuerzas el colapso ecológico-social y nos convertirá a todos nosotros en dioses omnipotentes. ¿Por qué? Porque el ateísmo es, ante todo, hay que decirlo y defenderlo una vez más, un humanismo crítico no antropogénico.

La definición, por lo demás, le hubiera encantado a Bertrand Russell, uno de los grandes pensadores del siglo XX que tanto tiene en común con el matemático, activista y poeta Jorge Riechmann.

1 a 5

Jorge Riechmann nos recuerda que el Platón de *Las Leyes* proponía la relación 1:5 como límite